

Taller de Expresión I (cát. Reale)

Corpus de análisis para el Primer Parcial 2011

Fragmentos de *Una excursión a los indios ranqueles*

Capítulo 4

El camino del Cuero pasa por el mismo fuerte Sarmiento que le ha robado su nombre al antiguo y conocido Paso de las Arganas. Este camino consiste en una gran rastrillada, y su rumbo es sudeste.

(...)

He dicho que el camino del Cuero consiste en una gran rastrillada, y voy a explicar lo que significa esta palabra, que en buen castellano tiene una significación distinta de la que le damos en la jerga de la tierra.

Si en lugar de estar conversando contigo públicamente lo hiciera en reserva, no me detendría en estos detalles y explicaciones. Todos los que hemos sido público alguna vez sabemos que este monstruo de múltiple cabeza, sabe muchas cosas que debiera ignorar e ignora muchas otras que debiera saber. ¿Quién sabe, por ejemplo, más mentiras que el público?

Pero preguntadle algo sobre las cosas de la tierra, sobre el estado moral y político de nuestros moradores fronterizos de La Rioja o de Santiago del Estero, y ya veréis lo que sabe.

Preguntadle dónde queda el Río Chalileo o el cerro Nevado, y ya veréis qué sabe el respetable público sobre las cosas que pueden interesarle mañana, distraído como vive por las cosas de actualidad.

Hasta cierto punto yo le hallo razón. ¿No paga su dinero para que cotidianamente le den noticias de las cinco partes del mundo, le enteren de la política internacional de las naciones, le tengan al cabo de los descubrimientos científicos, de los progresos del vapor, de la electricidad y de la pesca de la ballena? Pues entonces ¿por qué se ha de afanar tanto?

Una rastrillada, son los surcos paralelos y tortuosos que con sus constantes idas y venidas han dejado los indios en los campos. Estos surcos, parecidos a la huella que hace una carreta la primera vez que cruza por un terreno virgen, suelen ser profundos y constituyen un verdadero camino ancho y sólido.

En plena Pampa, no hay más caminos. Apartarse de ellos un palmo, salirse de la senda, es muchas veces un peligro real; porque no es difícil que ahí mismo, al lado de la rastrillada, haya un guadal en el que se entierren caballo y jinete enteros.

Guadal se llama un terreno blando y movedizo que no habiendo sido pisado con frecuencia, no ha podido solidificarse. Es una palabra que no está en el diccionario de la lengua castellana, aunque la hemos tomado de nuestros antepasados, que viene del árabe y significa agua o río.

La Pampa está llena de estos obstáculos. ¡Cuántas veces en una operación militar, yendo en persecución de los indios, una columna entera no ha desaparecido en medio del ímpetu de la carrera! ¡Cuántas veces un trecho de pocas varas ha sido causa de que jefes muy intrépidos se viesen burlados por el enemigo, en esas Pampas sin fin! ¡Cuántas veces los mismos indios no han perecido bajo el filo del sable de nuestros valientes soldados fronterizos por haber caído en un guadal! Las Pampas son tan vastas, que los hombres más conocedores de los campos se pierden a veces en ellas.

El caballo de los indios es una especialidad en las Pampas. Corre por los campos guadalosos, cayendo y levantando, y resiste a esa fatiga hercúlea asombrosamente, como que está educado al efecto y acostumbrado a ello.

El guadal suele ser húmedo y suele ser seco, pantanoso y pegajoso, o simplemente arenoso. Es necesario que el ojo esté sumamente acostumbrado para conocer el terreno guadaloso. Unas veces el pasto, otras veces el color de la tierra son indicios seguros. Las más el guadal es una emboscada para indios y cristianos. Los caballos que entran en él, cuando no están acostumbrados, pugnan un instante por salir, y el esfuerzo que hacen es tan grande, que en los días más fríos no tardan en cubrirse de sudor y en caer postrados, sin que haya espuela ni rebenque que los haga levantar. Y llegan a acobardarse tanto, que a veces no hay poder que los haga dar un paso adelante cuando pisan el borde movedizo de la tierra. Y eso que es de todos los cuadrúpedos destinados al servicio del hombre el más valiente. Picado con las espuelas parte como el rayo y salva el mayor precipicio.

¡Cuán diferente de la mula! Jamás pierde ella su sangre fría. Ora vaya por los caminos pampeanos o por las laderas vertiginosas de la Cordillera, el híbrido animal es siempre cauteloso. El caballo se lanza como el rayo; la mula tantea antes de ir adelante. Saca una mano, después otra, y es tan precavida, que en donde puso éstas, pone las patas. Cuando hay peligro no hay que advertirla; a nada obedece, ni a la rienda, ni al rebenque, ni a la espuela. Sólo su instinto de conservación la mueve. Es excusado querer dirigirla. Ella va por donde quiere. Morirá despeñada; pero no ciegamente como el caballo, sino por haberse equivocado.

Estando los campos cubiertos de agua, es más necesario que nunca seguir rectamente la dirección de la rastrillada; porque reblandecida la tierra por la humedad, el peligro del guadal es inminente a cada paso.

Capítulo 25

Con el caballo de la brida, esperaba indicaciones para adelantarme a saludar a Mariano Rosas, pasando en revista los personajes que tenía al frente, aunque afectando una gran indiferencia por cuanto me rodeaba.

(...)

Un indio, que debía ser algo como paje del cacique, habló con Mariano Rosas, y en seguida con Caniupán, mi inseparable campañero. Este a su turno habló con Mora. Mi lenguaraz, siguiendo la usanza, me dijo:

-Señor, dice el general Mariano que ya lo va a recibir; que quiere darle la mano y abrazarlo; que se dé la mano con sus capitanejos y se abraze también con ellos, para que en todo tiempo lo conozcan y lo miren como amigo, al hombre que les hace el favor de visitarlos, poniendo en ellos tanta confianza. Pasando por los mismos trámites, fue despachado el mensajero con un recadito muy afectuoso y cordial. Mora volvió a conversar con Caniupán, y me dijo después:

-Señor, dice Caniupán que ya puede adelantarse a darle la mano al general Mariano; que haga con él y con los demás que salude, lo mismo que ellos hagan con usted.

-¿Y qué diablos van a hacer conmigo? -le pregunté.

-Nada, mi coronel, cosas de los indios, así es en esta tierra -me contestó.

-Supongo que no será alguna barbaridad -agregué.

-No, señor; es que han de querer tratarlo con cariño; porque están muy contentos de verlo y medio achumados -repuso.

-Pero, poco más o menos, ¿qué me van a hacer? -proseguí.

-Es que han de querer abrazarlo y cargarlo -respondió.

-Pues si no es más que eso -murmuré para mis adentros-, no hay que alarmarse - y como cuando grita uno a los que acaudilla en un instante supremo, ¡adelante! ¡adelante! ¡caballeros! -dije mirando a mis oficiales y a los dos franciscanos, que estaban hechos unas pascuas, sonriéndose con cuantos los miraban-: Vamos a saludar a Mariano.

Avancé, me siguieron, llegamos a tiro de apretón de manos del Cacique y comenzó el saludo. Mariano Rosas me alargaba la mano derecha, se la estreché. Me la sacudió con fuerza, se la sacudí. Me abrazó cruzándome los brazos por el hombro izquierdo, lo abracé. Me abrazó cruzándome los brazos por el hombro derecho, lo abracé. Me cargó y me suspendió vigorosamente, dando un grito estentóreo; lo cargué y suspendí, dando un grito igual.

Los concurrentes, a cada una de estas operaciones, golpeándose la boca abierta con la mano y poniendo a prueba sus pulmones, gritaban: ¡¡¡aaaaaaaaa!!!

Después que me saludé con Mariano, un indio, especie de maestro de ceremonias, me presentó a Epumer. Nos hicimos lo mismo que con su hermano en medio de incesantes y atronadores ¡¡¡aaaaaaaaaaaaaaaa!!! Luego vino Relmo, igual escena a la anterior: ¡¡¡aaaaaaaaaaaaaaaa!!! En seguida Cayupán, lo mismo: ¡¡¡aaaaaaaaaaaaaaaa!!! En pos de éste, Melideo (alias) cuatro ratones, indio sólido como una piedra, de regular estatura; pero panzudo, gordo, pesado, ¿cómo quién?, como mi camarada Peña, el edecán del Presidente. Aquí fueron los apuros para cargarlo y suspenderlo. Mis brazos lo abarcaban apenas; hice un esfuerzo, el amor propio de hombre forzado estaba comprometido, no alcanzarlo me parecía hasta desdoloroso para los cristianos; redoblé el esfuerzo y mi tentativa fue coronada por el éxito más completo, como lo probaron los ¡¡¡aaaaaaaaaaaaaaaa!!!, dados esta vez con más ganas y prolongados más que los anteriores.

Aquello fue pasaje de comedia, casi reventé, casi se me salieron los pulmones, porque esto de tener que dar un grito que haga estremecer la tierra al mismo tiempo que el cuerpo se encorva, haciendo un gran esfuerzo para levantar del suelo un peso mayor que el de uno mismo, es asunto serio del punto de vista de la fisiología orgánica; pero que más que a todo se presta a la risa.

Imaginaos a Orión, a este querido amigo, de quien la biografía dirá algún día que tenía la impaciencia del bien, el sentimiento delicado de la amistad, todo el talento chispeante del porteño, y bajo la corteza de escéptico, por cierta inclinación al caricato, un corazón de oro; imaginaos, decía, a este amigo, en un día de público regocijo, el próximo 9 de Julio, verbigracia, en la Plaza de la Victoria, muy emperifollado con sus adornos de papel, cartón, lienzo y engrudo, subido sobre un tablado, luchando a brazo partido, en medio de las más risueñas algarazas de una turbamulta, por cargar y levantar a nuestro cofrade Hernández, ex redactor de El Río de la Plata, cuya obesidad globulosa toma diariamente proporciones alarmantes para los que, como yo, le quieren, amenazando a remontarse a las regiones etéreas o reventar como un torpedo paraguayo, sin hacer daño a nadie; imaginaos eso, vuelvo a

decir, tendréis una idea de lo que me pasó a mí durante mi faena hercúlea con Melideo, cumpliendo con el ceremonial establecido en la tierra donde me hallaba y con las leyes del orgullo de raza y de religión que me prohibían cejar un punto, dar un paso atrás, retroceder, aflojar en lo más mínimo.

¡Ah, si aquello se hubiera concluido con el abrazo de Melideo! ¡Pero qué! Después de Melideo vinieron otros y otros capitanejos; después de éstos varios indios de importancia; por conclusión, la chusma ranquelina y cristiana. No se oía más que la resonación producida por la repercusión de los continuados gritos ¡¡¡aaaaaaa!!

Yo sudaba la gota gorda, mi voz estaba ronca como el eco de un gallo en frígida mañana de julio, mis fuerzas agotadas. Se me figuraba que la atmósfera tenía mil grados sobre cero, que no era transparente, sino densa, como para cortarla en tajadas, pesaba sobre mí como una plancha de hierro. No me moría de calor, de cansancio, de tanto gritar, porque Alá es grande, y nos sostiene y nos da energía, física y moral cuando habemos menester de ella, ¡tal es de bueno!

Mientras yo pasaba revista de aquellos bárbaros, me acordaba del dicho de Alcibíades: A donde fueres, haz lo que vieres, y rumiaba: ¡Te había de haber traído a visitar los ranqueles!

Cap. 26

Se acabó la comida y empezó el turno de la bebida. Este capítulo es serio, si es que después de sabias máximas, consejos oportunos y graves reflexiones de Brillat Savarin, puede haber algo más serio que el comer.

Aquel filósofo, inmortal en su género, tiene dos aforismos que podían parafrasearse aquí, diciendo: Dime lo que bebes, te diré lo que eres; el destino de las naciones depende de lo que beben.

Manuel Gascón ha de pretender a priori y a posteriori, que para él el problema está resuelto, sosteniendo que de todas las bebidas la mejor es el agua. Digo que esto depende de las circunstancias, como que no haya visitas, y prosigo. Los indios beben como todo el mundo, por la boca. Pero ellos no beben comiendo. Beber es un acto aparte. Nada hay para ellos más agradable. Por beber posponen todo. Y así como el guerrero que se apresta a la batalla prepara sus armas, ellos, cuando se disponen a beber, esconden las suyas. Mientras tienen qué beber, beben; beben una hora, un día, dos días, dos meses. Son capaces de pasárselo bebiendo hasta reventar. Beber es olvidar, reír, gozar. No teniendo aguardiente o vino, beben chicha o piquillín. Esta vez estaban de fiesta con vino.

El acto está sujeto a ciertas reglas, que se observan como todas las reglas humanas, hasta que se puede. Se inicia con un *yapaí*, que es lo mismo que si dijéramos: *the pleasure of a glass of wine with you*, para que vean los de la colonia inglesa que en algo se parecen a los ranqueles. Pero esta invitación se diferencia algo de la nuestra. Nosotros empezamos por llenar la copa del invitado, luego la propia; bebemos simultáneamente haciéndonos un saludo más o menos risueño y cordial, espiándonos por sobre el borde de la copa, a ver quién la apura más; y es de buena educación de estilo clásico, no beberla toda, ni tampoco que parezca se ha aceptado el brindis por compromiso; como que él significa: a la salud de usted, cuando no se ha propuesto uno por la patria, por la libertad o por el Presidente de la República.

Los indios empiezan por decir *yapaí*, llenando bien el tiesto en que beben, que generalmente es un cuernito. La persona a quien se dirigen, contesta *yapaí*.

Bebe primero el que invitó, hasta poder hacer lo que los franceses llaman *goutte en l'ongle*, es decir, hasta que no queda una gota, llena después el vaso, copa o jarro o cuernito exactamente como él lo bebiera, se lo pasa al contrario, y éste se lo echa al colete diciendo *yapaí*. Si el *yapaí* ha sido de media cuarta, media cuarta hay que beber. Por supuesto que no conozco nada peor visto que una persona que se excuse de beber, diciendo:

-No sé.

En un hombre tal, jamás tendrían confianza los indios. Así como en toda comida bien dirigida, hay siempre un anfitrión que la preside, que hace los honores, que la anima, así también en todo beberaje de indios hay uno que lleva la palabra; es el que hace el gasto por lo común. Esta vez, el que hacía el gasto ostensiblemente era Mariano Rosas, en realidad el Estado, que le había dado sus dineros al padre Burela para rescatar cautivos. Pero aunque Mariano Rosas hacía el gasto y era el dueño de la casa, Epumer, su hermano, era el anfitrión.

Epumer es el indio más temido entre los ranqueles, por su valor, por su audacia, por su demencia cuando está beodo. Es un hombre como de cuarenta años, bajo, gordo, bastante blanco y rosado, ñato, de labios gruesos y pómulos protuberantes, lujoso en el vestir, que parece tener sangre cristiana en las venas, que ha muerto a varios indios con sus propias manos, entre ellos a un hermano por parte de madre; que es generoso y desprendido, manso estando bueno de la cabeza; que no estándolo le pega una puñalada al más pintado.

Con este nene tenía que habérmelas yo. Llevaba un gran facón con vaina de plata cruzado por delante, y me miraba por debajo del ala de un rico sombrero de paja de Guayaquil, adornada con una ancha cinta encarnada, pintada de flores blancas.

Yo llevaba un puñal con vaina y cabo de oro y plata, sombrero gacho de castor y alta el ala; no le quitaba los ojos al orgulloso indio, mirándole fijamente cuando me dirigía a él.

Bebíamos todos. No se oía otra cosa que ¡ *yapaí* , hermano! ¡ *yapaí* , hermano! Mariano Rosas no aceptaba ninguna invitación, decía estar enfermo, y parecía estarlo. Atendía a todos, haciendo llenar las botellas cuando se agotaban; amonestaba a unos, despedía a otros cuando me incomodaban mucho con sus impertinencias; me pedía disculpas a cada paso; en dos palabras, hacía, a su modo, y según los usos de su tierra, perfectamente bien los honores de su casa.

Epumer no había simpatizado conmigo, y, a medida que se iba caldeando, sus pullas iban siendo más directas y agudas. Mariano Rosas lo había notado, y se interponía constantemente entre su hermano y yo, terciando en la conversación. Yo le buscaba la vuelta al indio y no podía encontrársela. A todo lo hallaba taimado y reacio. Llegó a contestarme con tanta grosería que Mariano tuvo que pedirme lo disculpara, haciéndome notar el estado de su cabeza. Y sin embargo, a cada paso me decía:

-Coronel Mansilla, ¡ *yapaí* !

-Epumer, ¡ *yapaí* ! -le contestaba yo.

Y llenábamos con vino de Mendoza los cuernos y los apurábamos.

Mis oficiales se habían visto obligados a abandonar la enramada, so pena de quedar tendidos, tantos eran los *yapaí*.

Los indios, caldeados ya, apuraban las botellas, bebían sin método: -¡Vino! ¡Vino!-, pedían para rematarse, como ellos dicen, y Mariano hacía traer más vino, y unos caían y otros se levantaban, y unos gritaban y otros callaban, y unos reían y otros lloraban, y unos venían y me abrazaban y me besaban, y otros me amenazaban en su lengua, diciéndome *winca* engañando .

Yo me dejaba manosear y besar, acariciar en la forma que querían, empujaba hasta darlo en tierra al que se sobrepasaba demasiado, y como el vino iba haciendo su efecto, estaba dispuesto a todo. Pero con bastante calma para decirme:

-Es menester aullar con los lobos para que no me coman.

Mis aires, mis modales, mi disposición franca, mi paciencia, mi constante aceptar todo *yapaí* que se me hacía, comenzaron a captarme simpatías. Lo conocí y aproveché la coyuntura.

La ocasión la pintan calva. Llevaba una capa colorada, una linda aunque malhadada capa colorada, que hice venir de Francia, igual a las que usan los oficiales de caballería de los cuerpos argelinos indígenas. Yo tengo cierta inclinación a lo pintoresco, y, durante mucho tiempo, no he podido sustraerme a la tentación de satisfacerla. Y tengo la pasión de las capas, que me parece inocente, sea dicho de paso.

En el Paraguay usaba capa blanca siempre. Hasta dormía con ella. Mi capa era mi mujer. Pero ¡qué caro cuestan a veces las pasiones inocentes! Por usar capa colorada me han negado el voto en los comicios. Por usar capa colorada me han creído colorado. Por usar capa colorada me han creído caudillo de malas intenciones. Pero entonces, ¿cómo dicen que el hábito no hace al monje? Decididamente, Figueroa es quien tiene razón: "Pues el hábito hace al monje, por más que digan que no".

Me quité la histórica capa, me puse de pie, me acerqué a Epumer, y dirigiéndole palabras amistosas, le dije:

-Tome, hermano, esta prenda, que es una de las que más quiero. Y diciendo y haciendo, se la coloqué sobre los hombros.

El indio quedó idéntico a mí, y en la cara le conocí que mi acción le había gustado.

-Gracias, hermano -me contestó, dándome un abrazo que casi me reventó. Vi brillar los ojos de Mariano Rosas, como cuando el relámpago de la envidia hiere el corazón. Tomé mi lindo puñal, y dándoselo, le dije:

-Tome, hermano; usted úselo en mi nombre.

Lo recibió con agrado, me dio la mano y me lo agradeció.

Mandé traer mi lazo, que era una obra maestra y se lo regalé a Relmo. Ya estaba en vena de dar hasta la camisa. Mandé traer mis boleadoras, que eran de marfil con abrazaderas de plata, y se las regalé a Melideo. Mandé traer mis dos revólveres y se los regalé a los hijos de Mariano. Llevaba tres sombreros de los mejores, llevaba medias, pañuelos, camisas; regalé cuanto tenía. Y por último mandé traer un barril de aguardiente y se lo regalé a Mariano.

Mariano me dijo:

-Para que vea, hermano, cómo soy yo con los indios, delante de usted les voy a repartir a todos. "Yo soy así, cuanto tengo es para mis indios, ¡son tan pobres!"

Vino el barril y comenzó el reparto por botellas, calderas, vasos, copas y cuernos. En tanto que Mariano hacía la patriarcal distribución, un hombre de su confianza, un cristiano, se acercó a mí, y a voz baja me dijo:

-Dice el general Mariano que si trae más aguardiente le guarde un poquito para él; que esta noche cuando se quede solo piensa divertirse solo; que ahora no es propio que él lo haga.

¿Qué te parece cómo se hila entre los indios?

Contesté que tenía otro barril, que repartiese todo el que acababa de recibir. La orgía siguió; era una bacanal en regla.

Epumer comenzó a ponerse como un ascua, terrible. Mariano quiso sacarme de allí: me negué; su hermano quería beber conmigo y yo no quería abandonar el campo, exponiéndome a las sospechas de aquellos bárbaros. Soy fuerte, contaba conmigo. Si la fortuna no me ayudaba, alguna vez se acaba todo, algún día termina esta batalla de la vida, en que todo es orgullo y vanidad.

- *Yapaí* -me dijo Epumer, ofreciéndome un cuerno lleno de aguardiente.

- *Yapaí* -contesté horripilado; yo podía beber una botella de vino en una sentada, pero un cuerno, al mejor se lo doy.

Cap. 16

El cacique Ramón y yo, rodeados de pedigüeños, tomamos el camino de Aillancó. Llegamos...

Extendiendo ponchos bajo los árboles y formando rueda, nos pusimos a parlamentar entre mate y mate, entre trago Y trago de aguardiente. Hube de echar las entrañas por la boca.

No estaba en carácter, y no había más remedio que hacer bien mi papel. Obsequié al cacique lo mejor que pude con lo poco que llevaba. Tenía que armarle y encenderle yo mismo el cigarro, que probar primero que él el mate y la bebida para inspirarle confianza plena.

El cacique Ramón es hijo de indio y de una cristiana de la Villa de la Carlota. Predomina en él el tipo de nuestra raza. Es alto, fornido, tiene ojos pardos, cabello algo rubio, ancha frente y habla muy ligero. Es en extremo aseado. Viste como un paisano rico. Quiere bien a los cristianos, teniendo muchos en sus tolderías y varios a su alrededor. Tendrá cuarenta años. Todo su aspecto es el de un hombre manso, y sólo en su mirada se sorprende a veces como un resplandor de fiereza.

Es de oficio platero; siembra mucho todos los años, haciendo grandes acopios para el invierno, y sus indios le imitan. Su padre ha abdicado en él el gobierno de la tribu. Charlamos duro y parejo.

Me agradeció con marcada expresión de sentimiento todo cuanto había hecho en el Río Cuarto por su hermano Linconao, a quien con mis cuidados salvé de las viruelas, preguntándome repetidas veces si siempre vivía en mi casa, que cuándo volvería a su tierra. Contestéle que estuviera tranquilo, que su hermano quedaba muy bien recomendado; que no le había traído conmigo porque estaba convaleciente, muy débil y que el caballo le habría hecho daño. Me instó encarecidamente a visitarle en su

toldería, ofreciéndome presentarme su familia. Le prometí hacerlo de regreso, y nos separamos ofreciéndome visita para el día siguiente.

Bustos se marchó con él, pidiéndome por supuesto una botellita de aguardiente. Le di la última que quedaba. Mora se quedó a mi lado, diciéndome Ramón que le conservara tanto cuanto le necesitara.

Apenas se alejaba Ramón, se presentó el capitanejo Caniupán, insistiendo en que le diera un caballo gordo para comer. El pedido tenía todo el aire de una imposición. Me negué rotundamente. Insistió chocándome, y le contesté que dónde había visto que un hombre gaucho diera sus caballos; que los necesitaba para volverme a mi tierra, que si creía que me iba a quedar toda la vida en la suya. Me dijo algo picante. Lo mandé al diablo.

Los que le seguían murmuraron algo que podía traer un conflicto. Creí prudente aflojar un poco la cuerda, y como haciendo una transacción, ordené con muy mal modo que le dieran una yegua.

Llevaba dos gordas para cuando se nos acabara el charqui, lo que probablemente sucedería esa noche, si teníamos muchos huéspedes. Le entregaron la yegua, la carnearon en un santiamén y se la comieron cruda, chupando hasta la sangre caliente del suelo.

En el sitio del banquete no quedaron más residuos que las panzas, en las que se cebaron después algunos caranchos famélicos.

Cap. 49

Me acordé de que ese día era el prefijado para la gran junta. Llamé a San Martín y le hice preguntar a mi compadre a qué hora marcharíamos. Me contestó que cuando ladeara el sol.

Di mis órdenes, se pasó la mañana en preparativos para la marcha y cuando todo estuvo dispuesto me fui al toldo de Baigorrita, entrando en él como en mi casa. No observaba movimiento en su gente y tenía curiosidad de saber en qué consistía. La hora se acercaba.

Mi compadre me vio entrar sin salir de su apatía habitual. Había vuelto a la faena de picar tabaco con la navaja de Rodgers. En la cara me conoció que alguna curiosidad me llevaba.

Llamó a San Martín. Vino éste y le hice preguntar, que si todavía no era hora de ensillar. Me contestó que teníamos bastante tiempo aún; quede allí a *Añancué*, línea divisoria de sus tierras no había más que dos galopes; que ya había mandado traer sus caballos y buscar una res, para que mi gente carneara antes de partir; pero que lares tardaría un rato largo en llegar, porque estaba lejos.

-¿Y qué, mi compadre no tiene vacas gordas aquí? –le pregunté a San Martín.

-No, señor, si está muy pobre –me contestó.

-¿Muy pobre?

-Sí, señor.

-¿Y cuánto vale una vaca?

-No tiene precio.

-¿Cómo no tiene precio?

-Cuando es para comercio, depende de la abundancia, cuando es para comer no vale nada, la comida no se vende aquí; se le pide al que tiene más.

-De modo que los que hoy tienen mucho, pronto se quedarán sin tener que dar.

-No, señor; porque lo que se da *tiene vuelta*.

-¿Qué es eso de vuelta?

-Señor, es que aquí el que da una vaca, una yegua, una cabra, o una oveja para comer, la cobra después; el que la recibe algún día ha de tener.

-Y si a un indio rico le piden veinte indios pobres a la vez, ¿qué hace?

-A los veinte les *da con vuelta* y poco a poco se va cobrando.

-Y si se mueren los veinte, ¿quién le paga?

-La familia.

-¿Y si no tienen familia?

-Los amigos.

-¿Y si no tienen amigos?

-No pueden dejar de tener.

-Pero todos los hombres no tienen amigos que paguen por ellos.

-Aquí sí; no ve, señor, que en cada toldo hay *allegados* que viven de lo que agencia el dueño.

-¿Y si se les antoja no pagar?

-No sucede nunca.

-Puede suceder, sin embargo.

-Podría suceder, sí, señor; pero si sucediese, el día que a ellos le faltase nadie les daría.

-¿Cada indio tendrá una cuenta muy larga de lo que debe y le deben?

-Todo el día hablan de lo que han recibido y dado con vuelta.

-¿Y no se olvidan?

-Un indio no se olvida jamás de lo que da, ni de lo que le ofrecen.

-¿Me has dicho que cuando una vaca era para comercio tenía precio?

-Sí, señor.

-Explícame eso.

-Señor, comercio es que el que tiene le haga un cambio al que tiene.

-Entonces si un indio tiene un par de estribos de plata, y no tiene qué comer, y quiere cambiar los estribos por una vaca, ¿los cambia?

-No se usa; le darán la vaca con vuelta y él dará los estribos con vuelta también.

-¿Y si un indio tiene un par de espuelas de plata y las quiere cambiar por un par de estribos?

-Las cambia, con vuelta o sin vuelta, según el trato.

-¿Y con los indios chilenos, cómo hacen el comercio, lo mismo?

-No, señor; con los chilenos, el comercio lo hacen como los cristianos, a no ser que sean parientes.

-¿Y con los indios de Calfucurá y con los pampas?

-Lo mismo, señor.

-¿Y hay pleitos aquí?

-No faltan, señor.

-Y cuando dos indios tienen una diferencia, ¿quién los arregla?

-Nombran jueces.

-¿Y si alguno no se conforma?

-Tiene que conformarse.

Estos bárbaros, dije para mis adentros, han establecido la ley del Evangelio: hoy por ti mañana por mí; sin incurrir en las utopías del socialismo; la solidaridad, el valor en cambio para las transacciones; el crédito para las necesidades imperiosas de la vida y el jurado civil; entre ellos se necesitan especies para las permutas, crédito para comer.

Es lo contrario de lo que sucede entre los cristianos. El que tiene hambre no come si no tiene con qué. Está visto que las instituciones humanas son el resultado de las necesidades y de las costumbres, y que la gran sabiduría de los legisladores, consiste en no perderlo de vista al modelar las leyes. Los que a cada rato nos presentan el cartabón de otras naciones cuya raza, cuya religión, cuyas tradiciones difieren de las nuestras, deberían tomar nota de estas observaciones.

Cap. 46

Los ojos se me iban, viendo el apetitoso asado. Pensaba en el pincel y en la paleta de Rembrandt, cuando una voz conocida, dijo detrás de mí, con acento respetuoso:

-¡Buenas noches, señores!

Era Juan de Dios San Martín.

-Buenas noches; siéntese, amigo, si gusta, le contesté.

Gracias, señor -repuso-; no puedo ahora. Vengo a decirle, que dice Baigorrita que los caballos están mal donde los tiene: que ha sabido que andan algunos indios ladrones por darle un golpe, y que sería mejor los encerrasen en el corral.

No pude resolverme de pronto a contestar que estaba bueno, porque los animales tenían mucha necesidad de alimentarse bien. Pero entre que sufrieran más y perderlos, el partido no era dudoso. Después de un instante de reflexión, contesté.

-Dile a mi compadre que si hay peligro los haré encerrar.

-Es mejor -contestó San Martín.

-Pues bien -repuse-, que los encierren.

Y esto diciendo, le ordené al mayor Lemlemgni le hiciera prevenir a Camilo Arias que las tropillas no dormirían a ronda abierta, sino en el corral.

San Martín se fue y volvió diciéndome:

-Dice Baigorrita que el corral tiene un portillo, que es preciso tapanlo con ramas y que pongan una guardia.

Mandé dar las órdenes correspondientes, y como Calisto gritara en ese momento, «¡ya está!» invité nuevamente al mensajero de mi compadre a que se sentara.

Aceptó, ocupó un puesto en la rueda, le entramos al asado, como se dice en la tierra, y mientras lo hacíamos desaparecer, se pusieron algunos choclos al rescoldo, para tener postre.

(...)

-Pero hombre -le dije a San Martín-, aquí no respetan nada. ¿Será posible que se atrevan a robarme mis caballos hasta del corral de Baigorrita?

-Qué, señor, si son muy ladrones estos indios; el otro día, no más, se le han perdido sus caballos a Baigorrita, lo tienen a pie -me contestó.

-Y, ¿qué ha hecho?

-Los andan campeando.

-¿Entonces aquí viven robándose los unos a los otros?

-Así nos más viven, ya es vicio el que tienen.

-¿Y qué hacen con lo que roban?

-Unas veces se lo comen, otras lo juegan, otras lo llevan y lo cambalachean en lo de Mariano o en lo de Ramón, o se van a lo de Calfucurá, o se mandan cambiar a Chile.

-¿Y no castigan a los ladrones?

-Algunas veces, señor.

-Pero, cuando a un indio le roban, ¿qué hace?

-Según y conforme, señor. Unas veces le pone la queja al cacique, otras él mismo busca al ladrón y le quita a la fuerza lo que le han robado.

Le hice algunas preguntas más, y de sus contestaciones saqué en conclusión que la justicia se administraba de dos modos, por medio de la autoridad del cacique y por medio de la fuerza del mismo damnificado.

El primer modo es el menos usual.

1º Porque mientras el cacique manda averiguar quiénes son los ladrones, descubre el hecho y se prueba, se pasa mucho tiempo; 2º porque los agentes de que se vale se dejan seducir por los ladrones; 3º porque este procedimiento no le reporta ningún beneficio al juez.

El segundo modo es el que se practica con más generalidad. Le roban a un indio una tropilla de yeguas, por ejemplo.

-Es fulano -dice por adivinación, o porque lo sabe. Cuenta el número de hombres de armas llevar que tiene en su casa, recluta sus amigos, se arman todos, le pegan un malón al ladrón, y le quitan el robo y cuanto más pueden. Generalmente no hay lucha, porque los que van a vindicar la justicia son más numerosos que los que acaudilla el ladrón. Contra la fuerza toda resistencia es inútil, máxime si no se tiene razón. Hecho esto, se le da cuenta al cacique, y de lo que a título de indemnización se ha quitado se le hace parte. Este sebo hace inútil todo reclamo ante él. Es perder tiempo. El indio que vaya a decirle, ya le robé a fulano diez yeguas. Me las ha quitado anoche, y cincuenta más, recibirá esta contestación:

“¿Para qué robaste, pues? Róbale vos otra vez, y quítale lo que te ha robado.”

Cuando llegaba a esta parte de mis investigaciones sobre la justicia pampa, le pregunté a San Martín:

-Y cuando le roban a un indio pobre, que tiene poca familia y pocos amigos, y el ladrón es más fuerte que él, ¿qué hace?

-Nada, me contestó.

-¿Cómo nada?

-Señor, si aquí es lo mismo que entre los cristianos, los pobres siempre se embroman.